



MENSAJE DEL GOBERNADOR DE PUERTO RICO  
RAFAEL HERNANDEZ COLON  
CON MOTIVO DE LA DEVELACION DEL MONUMENTO AL  
JIBARO PUERTORRIQUEÑO  
AUTOPISTA LAS AMERICAS

12 de diciembre de 1976

Confirmamos hoy con esta obra de nuestro compatriota, el escultor Tomás Batista, nuestro reconocimiento al custodio más auténtico de la herencia cultural de nuestros antepasados: el jíbaro puertorriqueño.

Aquí, emplazado en la altura de la más moderna autopista que conecta el Norte y el Sur de nuestra Isla entre oleajes de verdes montañas hacia el Este y hacia el Oeste, levantamos como símbolo de nuestra historia a nuestro campesino.

Nuestro jíbaro, que con machete, pico y azada por armas de trabajo, --que con tiple, cuatro, guitarra y bordonúa para solaz del alma--, que con tallas de autóctonos santeros para afirmación cristiana, penetró la gran selva original del Borikén desde rompientes de costa a cuchilladas de sierra --mientras sumaba a la española, sangre taína y sangre africana-- a levantar bohíos, a delimitar bateyes, a sembrar conucos, para definirse en el tiempo de los siglos XVI, XVII, XVIII, como raíz, tronco y rama de la puertorriqueñidad.

Cantado por incontables poetas como Luis Llorens Torres; pintado por Oller y Pou, evocado en prosas y cuentos por Antonio Oliver, Miguel Meléndez Muñoz, José Pablo Morales y Abelardo Díaz Alfaro: novelado con densa preocupación social por Manuel Zeno Gandía y Enrique A. Laguerre; representado por toda una generación teatral dolida ante el apocalíptico conflicto de la borincanidad, frente a los absorbentes remolinos de los grandes centros de poder económico y cultural, han de luchar sucesivamente por resacatarlo a niveles indeclinables de vida en el mundo moderno. Luis Muñoz Luis Muñoz Rivera y Luis Muñoz Marín.

El monumento que se descubre hoy domingo 12 de diciembre de 1976, consigna la responsabilidad histórica, la consideración y admiración por un ser individual que al fraguar la identidad puertorriqueña más libre y expresiva en los verdes senos de la Cordillera Central creció y se multiplicó amante de tierra, familia y patria; generoso de sus humildes haberes de casa, pan y espíritu; hermanador por fuerza de la yuca, la batata y el guineo y el trago de café puya; respetuoso del cielo de los soles ardientes y balsámicas estrellas,

Consigna también, la colectividad básica de la puertorriqueñidad, la que apoyada en llanura, valle, loma, meseta y montaña, paisajes cundidos de las inefables flautas de coquí, encontró en sí voluntad para luchar por la solución de sus problemas en el orden económico, por la realización de sus ideales de cultura particular de pueblo.

Convirtamos este sitio en lugar de peregrinación desde los cuatro puntos del Borikén que vino a llamarse Borinquen en el siglo XIX por la evolución que le diera la humanidad jíbara a esta bella geografía nuestra, aquí coronada simbólicamente por la efigie del hombre trascendental puertorriqueño que todos llevamos corazón adentro y voluntad desde la entraña.

Convirtamos este sitio y esta figura como expresión de la voluntad de ser del pueblo puertorriqueño. Sí, vamos a convertirla no sólo en imagen de nuestras raíces, sino también en emblema de la resistencia insobornable de un pueblo que se niega a entregar su propia esencia frente a los embates del materialismo, las ambigüedades, y la falta de autenticidad.

El cambio ocurrido en Puerto Rico durante las últimas décadas es evidente para todos.

La transformación de nuestra geografía y de nuestra sociedad es meridiana. Las nuevas vías de comunicación, la televisión, las industrias, las urbanizaciones, el puente aéreo con los Estados Unidos han transfigurado a Puerto Rico.

El espacio vital de nuestro pueblo se ha ensanchado y ahora comprende áreas de Nueva York, Connecticut, New Jersey y otros lugares de Estados Unidos.

El Puerto Rico casi totalmente jíbaro de los años 30 se ha transformado en un Puerto Rico principalmente urbano, con una amplia y creciente clase media muchos de cuyos miembros viven en el campo, o en esa penumbra entre campo y pueblo que son las afueras, los vecindarios y las circunferencias de nuestras ciudades.

Muchos de los gustos y valores de este puertorriqueño nuevo no están formados por sus padres o abuelos como era antes, sino por los medios masivos de comunicación, tales como la televisión, la radio, el cine o el periódico. Estamos ante un jíbaro culturalmente urbano y valorativamente ecuménico: tiene los valores y las aspiraciones de toda la población mundial que aspira a participa en las cosas buenas de esta vida, como lo son la libertad personal, la vivienda holgada, el ingreso razonable, una buena educación y un ambiente saludable para él y los suyos, tanto como participación política consistente con su liberación de opresiones tradicionales.

Estamos frente a una nueva realidad con efectos poderosos positivos y negativos sobre nuestras aspiraciones, nuestros valores y sobre el marco de referencia con el cual interpretamos nuestra existencia.

Esa nueva realidad que constituye nuestro mundo nos presiona y nos zarandea de múltiples maneras. A falta de una articulación definida de nuestra voluntad de ser nos hace aparecer como una esponja porosa absorbente de todas las corrientes.

Ante esta nueva realidad se hace más fuerte la necesidad de buscarnos a nosotros mismos, de definirnos; y más que nada, de afirmar nuestra voluntad de lo que queremos ser.

Algunos sin querer ver la plenitud de esa nueva realidad albergan ilusiones de que podamos realizar esa voluntad de ser mediante la separación de los Estados Unidos.

No se han dado cuenta que el ensanchamiento del espacio vital de un pueblo crea un proceso irreversible. Que por virtud de la ciudadanía y del libre acceso a los Estados Unidos se abrió una nueva dimensión a la vida puertorriqueña.

Que durante 78 años de relaciones, de acercamientos, de cambios, de ajustes y entendimiento se ha creado mediante una unión indisoluble un horizonte más amplio que forma parte tan innegable de nuestra realidad, como lo forman nuestras montañas nuestro cielo y nuestro mar.

Vano empeño querer rehacer la historia. Otros, prisioneros de la nueva realidad, creen que con superficialidades a base de frases y de adjetivos se puede efectuar la voluntad de ser del pueblo puertorriqueño. Son los que han tomado el nombre del campesino puertorriqueño con el propósito de darle color de legitimidad y aceptación a sus ideales políticos ante un pueblo que rehusa entregar su ser.

Esos son los más confusos. Quizás son representativos de una mayor confusión en ciertos sectores del pueblo puertorriqueño. Sus actitudes

acomodaticias y oportunistas constituyen el reto principal a la voluntad de ser de nuestro pueblo. Y el reto es más grave porque no viene de frente. Los líderes que representan a este sector de actitudes, carecen del valor y la sinceridad para fijar metas y objetivos. Sus palabras tienen doble significado, son por necesidad ambiguas y obscuras. Por consiguiente, son incapaces de darle sentido de propósito al pueblo, no pueden llenar con valores, metas e ideales el espacio interior del alma del puertorriqueño. Bajo su mando Puerto Rico es un barco a la deriva, sin rumbo, sin dirección, que se adentra en la niebla de la confusión y la enajenación de los tiempos.

Rechazando nuestras instituciones, pero incapaces de alterarlas frontalmente, las van deteriorando en sus bases psicológicas y morales. Ciegos, prisioneros, como dije, de la nueva realidad que vive Puerto Rico, no alcanzan a ver que la confusa corriente materialista que aprovechan y que a la vez los envuelve, conduce a un desierto de identidad, a un limbo de propósitos, al vacío de la voluntad de pueblo.

Para ser, hay que tener la voluntad y el valor de ser. Digámoslo sin ambigüedades. ¡SOMOS PUERTORRIQUENOS!

Queremos seguir siendo puertorriqueños! ¡Y siempre seremos puertorriqueños! ¡Y siempre seremos puertorriqueños! Por eso nos enfrentamos como pueblo a los retos de nuestra existencia. Lo hacemos con un gran propósito de superación que nos hermana, que sintoniza nuestros corazones, para compartir triunfos y fracasos, penas y alegrías, pasado, presente y futuro.

La tarea es de afirmación puertorriqueña. El reto es a nuestra voluntad. Las Fuerzas, ciegas con que nos enfrentamos son fuertes y poderosas. Las corrientes nos empujan hacia la deriva. Pero si se quiere se puede, y como ha dicho un gran puertorriqueño: "si se puede, se debe".

De nuestra creatividad surgió el instrumento político para la afirmación de nuestro pueblo, como pueblo: EL ESTADO LIBRE ASOCIADO. Ante la nueva realidad tallada por la historia, nuestra voluntad de ser encontró su cauce dentro de este nuevo concepto político, que el pueblo de Puerto Rico creaba sobre la tradicional base ideológica de la autonomía. Encontramos el diseño para proyectar el perfil de la puertorriqueñidad y hacer valer nuestra voluntad dentro de nuestra unión permanente con los Estados Unidos.

Encontramos la manera de mantenernos unidos sin que tuviéramos que dejar de ser. Se quiso y se pudo. Rompimos el dilema de tener que escoger entre la Estadidad y la Independencia.

Pero el esquema del Estado Libre Asociado sólo fue la llave que abrió las puertas en el orden político a la realización de nuestra voluntad de ser. Ningún ordenamiento constitucional puede aprisionar las fuerzas operantes de la realidad.

Sólo la voluntad actuante de un pueblo tiene la capacidad de bregar con esas fuerzas. Y tiene que hacerlo constante y perseverantemente. Sin tregua ni descanso. En perpetua vigilia.

El concepto del Estado Libre Asociado abrió las puertas que le dan a Puerto Rico su lugar particular dentro del sistema constitucional de los Estados Unidos. Ahora es cuestión de fortalecer la voluntad del país en forma consciente y deliberada. Llevar la luz al entendimiento y la

emoción al corazón. Perseverar para que todo puertorriqueño lleve siempre en su alma el deseo de que Puerto Rico siga siendo Puerto Rico. Cuando esto se logre de verdad, con auténtico entendimiento y convicción de que por estas puertas está nuestra única salida para sobrevivir como pueblo, surgirá una fuerza incontenible y creadora que penetrando por ellas le dará al Estado Libre Asociado sus formas del futuro al hacer valer a Puerto Rico con respeto y dignidad cuándo y dónde fuere menester.

Sin embargo, el reto de afirmación puertorriqueña va mucho más allá del orden político. Es un reto en todos los órdenes de la vida: en el orden psicológico, en el orden valorativo, en el orden económico, en el orden social, en el orden cultural.

Durante el curso de esta administración mis decisiones y las de mis colaboradores respondieron en conciencia a ese reto. Se basaron en el propósito de autodeterminarnos, de darnos las formas de valernos por nosotros mismos, lo más posible, dentro de las realidades nuevas de Puerto Rico y de un mundo interpedendiente.

Los programas agrícolas, lograron aumentar en un 25% nuestra producción y enrolaron en ese esfuerzo a miles de puertorriqueños. La clave era la organización y la participación; el objetivo: afirmar al puertorriqueño sobre la productividad de su propia tierra.

Mediante la compra de Las Navieras y la Telefónica conseguimos el propósito de supeditar estas corporaciones a las necesidades del pueblo puertorriqueño convirtiéndolas en mejores instrumentos de nuestro progreso

El Nuevo Código Electoral tuvo como objeto vigorizar la participa-



ción ciudadana en los procesos políticos del País al asegurar y facilitar el ejercicio del derecho al voto, abrimos cauces más amplios a la expresión de la voluntad puertorriqueña.

La implantación de la austeridad, sacando fuerzas de nuestras propias entrañas, para superar la crisis que atravesamos durante los pasados años, fué también un acto de afirmación puertorriqueña ante las convulsiones y las marejadas de la economía internacional.

En cada uno de estos casos, como en innumerables otros, afirmamos al puertorriqueño sobre su tierra.

En fin, al actuar con la convicción de que los puertorriqueños sí podemos, con nuestras propias fuerzas, con nuestra inteligencia y nuestra capacidad para asumir responsabilidades, acometer empresas, hacerle frente a la crisis tan bien como puede hacerlo cualquier otro pueblo, estábamos realizando la tarea cotidiana, de múltiples afanes, de gobierno y de pueblo.

El resultado de las pasadas elecciones ha dado un viraje en redondo a la dirección que llevábamos. Un margen estrecho de votos ha encaminado al país a la búsqueda de unas satisfacciones inmediatas, ante las cuales esta administración no quiso claudicar. Como resultado de esta decisión estaremos nuevamente bajo un gobierno que al estar reñido e inconforme con nuestra condición política y con las instituciones en que se basa nuestra economía, tratará de satisfacer a toda costa la serie de compromisos a corto plazo que lo llevaron al poder.

Hay quienes ven en los valores que representa esta decisión una grave señal; que estamos perdiendo nuestra fibra.

Se ha llegado a decir que estamos dentro de un proceso irreversible que conduce a la entrega de la esencia misma que encarna la figura que conmemoramos con este monumento.

Hoy y aquí, frente a este monumento, nosotros respondemos:

¡NO!

No, este pueblo no se entrega, porque hay 650,000 puertorriqueños que dicen: NO.

No, este pueblo no se entrega, porque estamos dispuestos a luchar día a día para que este país no se pierda a la deriva.

No, este pueblo no se entrega porque aquí hay una fuerza puertorriqueña, estadolibrista, con un corazón bien grande para reemprender la lucha; para echarse la pesada carga nevamente en las espaldas y comenzar otra vez más a repechar la jalda.

Vamos de vuelta al batey. Al batey , y a la marquesina; al caserío y al condominio; a las plazas y a los centros comunales.

Tenemos mucho que hablar con nuestro pueblo. Y nuestro pueblo tiene mucho que hablar con nosotros. Tenemos que reanudar el diálogo. Tenemos que conversar sobre nuestros problemas y sobre nuestras aspiraciones. Tenemos que compartir emociones; Tenemos que estrujar de nuevo nuestros corazones para establecer las bases del futuro.

Dentro de nuestro pueblo hay una gran voluntad de ser y de realización. Pero ésa voluntad tiene que manifestarse dentro de un mejor entendimiento de nuestras realidades y posibilidades. No hay mejor forma de expresión que la comunicación personal. Es a ese nivel que debemos comunicarnos para que surja la fuerza de la compenetración que orientará el futuro del puertorriqueño.

El moderno Puerto Rico en su progreso y en su potencial de desarrollo y de superación es producto del jíbaro puertorriqueño que en los años 30 escuchó la voz profética del fundador de un partido político de justicia y de liberación, que retó a los poderes opresivos que lo explotaban, y tomó la sabia decisión que hizo posible la redención de todos, la de él y la de sus opresores. Los niveles de vida y de oportunidades que disfrutamos hoy en Puerto Rico son el fruto de aquella decisión heroica. O nos comportamos frente a esa herencia aprendiendo y reconociendo aquella hazaña, o por el contrario pensamos que el Puerto Rico de hoy es un fruto espontáneo y fortuito de la naturaleza o de la historia. A mí no me cabe duda de que el Puerto Rico de hoy es el producto de una voluntad decidida de nuestro jíbaro que galvanizó otras voluntades en una voluntad colectiva de fuerza revolucionaria.

Por eso tengo fé en nuestro futuro. Heridos, pero no vencidos, en este momento nos incorporamos llenos de esa fé en nuestra capacidad para moldear nuestro futuro y marchar arriba y adelante.

Arriba porque nuestro propósito va más allá de lo material y busca llenar los cofres de nuestro espíritu con la rica esencia de nuestra puertorriqueñidad, con valores morales, con visión trascendente de nuestra existencia.

Adelante, porque en la afirmación puertorriqueña buscamos el progreso material no como dádiva, si no como producto de nuestro trabajo y de nuestro esfuerzo.

Auperaremos con nuestra imaginación y nuestra voluntad las limitaciones naturales de nuestra geografía para lograr una producción colectiva creciente y abundante que repartiremos con justicia y equidad entre toda la familia puertorriqueña.

Arriba y adelante marcha el puertorriqueño llevando dentro de sí la esencia del jíbaro: se ha hecho cargo de su propio destino y ha tomado conciencia de la interdependencia del mundo, es más universal; también es más puertorriqueño porque lo que fué ayer una herencia pasiva se propone hoy convertirla en un acto consciente de reafirmación de su puertorriqueñidad a la luz de los valores de su pueblo enriquecidos con su experiencia adquirida al asomarse al mundo ancho y retador del desarrollo y del progreso.

Por eso, termino diciéndoles:

Puertorriqueño: arriba y adelante

#####